carlos busignani

teatro desierto

dock
Ediciones del Dock

carlos busignani

teatro desierto

dock
Ediciones del Dock

TEATRO DESIERTO
(2010)

Carlos Busignani

teatro desierto

Carlos Busignani
Teatro desierto - 1ª ed. - Buenos Aires - 2010
I.S.B.N.: 978-987-559-144-8
Ilustración interior: Opiel Guabiron - mitología del Caribe

EL CAUCE

DE LOS VIEJOS SONIDOS

EL SÁTIRO

El imaginario ha conjugado
a este prodigioso rey de los bosques
uniendo en un escalofrío
la cabeza hirsuta donde asoman breves astas,
torso de hombre y patas de cabra.
Compuesto en rivalidad de antagonismos,
el mito lo desgarró hasta la médula
con humana semejanza.
Sellada en la imagen monstruosa,
su eternidad prolonga una voz
que vibra en la oscuridad
como flauta que encanta a la serpiente.

Se dice que en visiones
San Antonio fue abordado
por uno de estos seres híbridos:
la pálida mano del santo
le imponía las cuentas del rosario,
mientras el sátiro, asomando
el cuerpo elástico entre dos bloques de roca,
acercaba con esfuerzo vencedor
un puñado de dátiles.
Gozne de la imaginación, fruta exótica,
aquella imagen era el dominio abierto
por una pintura del barroco.
Liberada la chispa, entre hojas caídas,
el relámpago carnal
ensayaba en sigilo voces acezantes.
Después la lírica del cuadro

se desgarró con otras sombras,
como si la vida hubiese abandonado
capas superfluas de pintura
para recobrar la esencia de la base.

* *

Enciende el quinqué, ignoto amigo,
e intuirás raras siluetas más allá del traspatio,
allí donde los perros gruñen
y estiran sus hocicos hacia las sombras del bosque,
llegando a la visión más honda
de lo que en vos convive
aunque con distinto nombre.

QUERELLA A MÍ MISMO

-I-

El operario
arremangó la gabardina azul de su camisa
para descontar el tiempo exacto
de la última reparación,
como si ya pudiera adueñarse
del fruto maduro del día.
Sin traducirlo en palabras,
la muchacha ladeó la cabeza
e inclinada en el pecho de su amigo
fue integrándola a tácitas formas expresivas.
Y yo, sin excusa alguna,
estoy como una plaza
que una torva quietud apagó
cuando la tarde ya no pudo contener su propio peso
tras la última vuelta de la calesita.

-II-

No sé si intentar llenar mis días
y obsequiarme una ilusión
cuando golpeo nuevas puertas
alentado por un giro impensado del zodíaco,
o ser locuaz y departir
sobre el tonelaje del próximo crucero
detenido como una catedral

en el azul festoneado del océano...
Sin embargo, sólo conozco
la fisura de mi mundo
mientras espero sentado en la costa
sobre este muro.
El poético mar y su felicidad
en los vitales sucesos de Stevenson;
el mar en el vistazo al trasluz de Gauguin
con dóciles mujeres indefensas.
O sólo el abstracto mar
rebajado a una viñeta,
y yo, en mi idilio de náufrago,
haciendo guiños que se pierden,
S.O.S en imaginaria botella.

-III-

Calles sin salida, titubeos, un persistente
catálogo que la memoria convoca
como si pastoreara un tropel de ovejas negras.
Ingrávido, cuajado en mi propio yermo,
me desligo del espíritu,
desdeño el cobijo de mi cuerpo,
voy perdiéndome en un adusto claroscuro.
Pero nace una estrella, una chispa de locura
me disciplina con el toque latino
que gana perseverancia en el redoble de mis venas.
La soledad teje desconcertantes maravillas,
se multiplica como el efecto
de una inesperada voz en el teléfono.

CAMINOS DESAPARECIDOS

La rosa del verano sumergida en la nieve,
deslumbra aún,
como la empuñadura de la espada
o el águila que asciende
la espaciosa claridad de la mañana.
Contemplo esta tierra del norte,
memoria de cerros
que morando en una litografía
aguardaron un instante
para que tiempo y distancia fuesen abarcados.
Y hay una herida de caminos desaparecidos,
un árbol seco bajo macilentos reflejos de luna,
ese atalaya que explora
restos de una angustia innominada.
Imagino la línea teórica de fuga
que vaciará la fe de imponentes ejércitos en marcha,
mientras los gauchos despliegan murallas invisibles
para enredar con irónica mueca
el avance enemigo.

Entonces los brotes del siglo XIX
pintaban azarosos signos
de un mundo feroz y casi adánico.
Después la pompa de los personajes
avanzó hacia la oprimida bravura de América.
En laxitud de rellano, el tiempo
desalojó a la epopeya;
una fingida paz derrochó su liturgia;
el testamento político

los hizo fantasmas familiares
ansiando rebajarlos a superstición
sin que se notase la artimaña.

Talado el bosque que congregó una fe,
ellos permanecen en su noche sin estrellas.
Versátil materia de tantas mutaciones,
ahora están solos.
Llevan la ración agridulce
de existir en ese grito
sosteniendo con voluntad invencible
lo que a la distancia miope
llamamos con desaire
“razones incipientes”.

CANCIÓN DEL MARINERO

-I-

A veces el mar sueña sus más tiernos reflejos.
Nace la pacífica estrella
y con el alba, su bruma rojiza
nos apunta el porvenir.
Susurra la quilla, resbala y marca
un filete en el umbral
del agua que será espuma en la popa,
mientras un abanico de palmeras
imagina en el horizonte
la distancia pagana del trópico
dibujada contra el abundante azul.

-II-

Aunque lealtad nos une,
la cópula de travesura y vértigo
que regocija a inicuos dioses
puede disponerlo en instantes
nefastamente aliado a un tifón.
Una nube, mil nubes,
el estrangulado cosmos
del barómetro cayendo ágilmente de 740
exhibe al manso camarada
escondido en los pliegues
de una vestidura fantasmal.

-III-

Una vez zumbó el agua oscura
sin que nada detuviese su pulsión.
El visceral grito del jefe
perdido en un punto distante del vacío,
los crujidos del casco y las piruetas,
era todo un diseño próximo a danzar
el último compás, y adiós.
Pero en la ambigua luz del puerto,
al costado altísimo
de las torres de una ciudad capital,
fugaba del barco ese aire fantástico;
el porte que tuvo en la cresta
cuando el mar lo puso en jaque
y en extremo de discordia
acercó el maderamen a la destrucción.
Sobre aguas grasientas, junto al muelle,
se diría que el navío ansiaba
repetir ese vuelo en el espacio
pintando en la arrogante belleza
la desmesura como un absurdo don.

REGRESA EL VIENTO DEL SUR

-I-

Capas de arenisca y tizne
en el cristal de la ventana
han acumulado una bruma,
un frente opaco donde los recuerdos
parecen picotear las últimas migajas.
El regocijo puso en primer plano
esos fuegos fatuos que en cada desenlace
esparcen chispeantes colores.
Sin alguien cerca, el muelle
condensa roca y hierros, su postal
de inocente en el banquillo,
hostigado por la censura del agua,
y ésta agitándose casi al descuido
para dar vida a un paisaje despojado.
Pensé: el mar ya no pertenece
a la playa alborozada;
derruidas las cúpulas del verano
es un remoto azul-gris
que examinan las aves marinas
sostenidas por el lento movimiento de sus alas.

-II-

Regresa el viento del sur
con la misma ternura impetuosa

que estremecía nuestro pelo
o izaba desprevenidas sombrillas.
–Tenés que empezar con un tono menor-
dijo una chica del grupo,
mientras asido a mi guitarra
esbozaba caligrafías musicales
en ingenuo acercamiento
a los acordes de un asiduo hit de rock.
Supremo centinela adolescente,
había tomado la cima del día en mis manos.
Ahora una oblicua lámpara
busca en la irrupción nocturna
el rompecabezas de aquella mañana.
Miro las barrancas, el último ímpetu
con que las roza el mar,
y creo reconocer el ámbito
de una dulce intimidad,
aunque un desencanto
descubra que el espectador
olvidó la gracia de antaño
y desertó para vivir en el presente.
Atado a mi privación,
pienso los delicados rostros que besaba,
los laberintos de emociones,
las sombrillas anaranjadas rozando el aire azul
a través de kilómetros de playas.
Y luego, el tenaz crepitar de la luz de las fogatas,
cuando junto al mar, nos deslizábamos
inquiriendo su testimonio a la noche.
A veces, como un mercachifle,
los llevo a mis espaldas
para regatear en lento soliloquio

el valor de la estimada carga,
mientras tomo mi puesto en el gentío
y armo el alma de un hombre.

ESCALOFRÍO AMOROSO

Ella dijo: -A las melodías
compuestas en tonalidad menor
las habita una congoja.
–Sí, agregó él, hay una herida
en los ecos de los últimos colores,
un sollozo de otoño en los acordes;
se abandona la elocuencia
que envuelve el ímpetu del mundo
y el amor se puebla de fantasmas
de antiguos juramentos.
Las composiciones en tono menor –concluyó él–
tienen un remedo de la luz
que reza bíblicas imágenes
en el entramado romboidal
de los altos vitraux.
–No sé nada de esas cosas –repuso ella–
(aunque algo altisonante
contagiaba las palabras
y las hacía fallar en su envión);
las melodías en tonalidad menor
son como una ropa ligera –agregó–,
no nos guardan de la humedad ni el frío
cuando meciendo su carillón melancólico
la soledad obliga a retornar
a aquel punto de partida
donde todo parecía un menú multicolor.

PEQUEÑO MANIFIESTO

Vacilantes, dando golpes a ciegas,
labrando surcos abiertos
desde tiempos homéricos, comprendimos
que en su tráfico apasionadamente vivo
es el luminoso poder de las palabras
el que deja paso al poema.

La esperada señal,
como una indómita bandera,
iniciaba la romántica aventura;
los pliegues agitados sobre una floresta
donde el estío apaga sus luces
y un antiguo otoño
se mece ovillando tristezas.

Inseparablemente unida a ese estandarte,
la señal llegaba
con la impresión del dorado trofeo
puesto en lo alto de una torre
para competir con el tinte carmín
de un sol naciente.

Y era el símbolo familiar,
el recitativo del fuego,
sus vigorosos néctares
a través de selvas, perfumes, colores,
voces que abrazaban
la grávida confusión de la apariencia
hasta fructificar en lo maravilloso.

Ya en germen, su frescura lo contenía todo:
docilidad y fortaleza,
los afanes más puros
o el dilema entre el cálido impulso
y la razón austera.
Algo de ella nos visitaba
en lo grandioso y lo pequeño.
Porque al fin, en la poesía, somos hombres
conducidos como niños ante el pecho materno.

CASTILLOS DEL LOIRA

CHENONCEAU

El acicate y el vértigo

El curso de las horas había quedado inmóvil
sobre la antigua Torre del Molino,
aquel paraje aledaño a una apocada casa feudal
que Tomás Bohier adquirió
sin que le sobrase un céntimo.
Para este nimio funcionario
el acuerdo sería el inicio
de una suerte vivificante y destructora.
Un sagaz desempeño
sólo atento a las instancias
de cuanto ocurría en la cima,
mitigó espinosos ecos, sondeos en su legajo,
la nota disonante a su futuro.
Por fin las estrellas guardianas
doblaron una nueva apuesta
y espolearon el carruaje de Bohier,
empinándolo en su tráfico de ascensos
a principal recaudador de la Corona.

* *

Ahora miraba el fluir de días y ocasos
(sus alternados colores tendidos
en el solar que animara la poética Torre)
como la energía que discurre

en la espléndida vigilia de una forja.
Podría haberse dicho
que la jovial deidad del fuego
enaltecía la elevación de Chenonceau,
mientras el aire bostezaba satisfecho en su tibieza
para augurar sucesivas victorias;
o que el futuro Castillo
era otra forma de elocuencia
escribiendo el destino de Bohier,
allí donde hileras de albañiles y aprendices
trazaban con expeditivos movimientos
las estructuras de su ansiada obra.

Eclipsado el dilema,
Chenonceau era el impaciente eco
dando bienvenida a los espasmos
que habían hecho exquisita aparición
en los designios de su dueño.
Una viva geometría abrazaba el Castillo
a base de parterres y jardines
con extensos parques arbolados.
Las ventanas de pilastras,
con altas lumbreras, muy ornadas,
parecían aludir al eslabón florentino
que iba encadenando el nuevo estilo.

El festín de la araña

¡Cómo no iban a hallarse
en tanta energía sin modales
destellos azarosos, fronteras
demolidas por indiscreciones!
En su nueva vida, la postal de Chenonceau
era un retoño trasplantado
para convivir en un tejido inerte.
Modelado el deseo
y abatido después por tantos juegos malabares,
hubo de detenerse y concluir:
cada enfático golpe de remache,
cada cucharada de argamasa
fueron adheridos al Castillo
con un murmullo fatídico.
Sí, la bombilla de Bohier
había aspirado una pócima
que iba a volverse inexorable
hasta la satisfacción acuñada
en el tintineo del último franco.

El viento cinceló tétricos avisos
en el vapor de los espejos.
Increpado por un gentío fantasma,
las exacciones se enredaron en sus sueños
con el hilo de una red que lentamente colapsaba.
Rota la cadena de favores,
sintió sus huesos chasquear
como las ramas que en lánguidas piras
se juntan con los remolinos del otoño.

Aspiró la intemperie…
Y en aquella sesión íntegra, sin cortes,
Bohier condujo a Chenonceau
–como a un desertor contrito–
hacia un impensado destino.

Una calesa de favores

De júbilo golpearon entonces el trono
los nudillos de Enrique II.
Puesto el Castillo en su objetivo,
el joven rey saltó con garbo
por los campos donde se agita
como un áspid, el deseo,
y un fulgor de lentejuelas
se pierde en un rincón vacío del cielo.
Y componiendo su vital aplomo
escogió en ese amanecer la más notable flor,
mientras retenía el aliento
y dejaba crecer en los jardines terrestres
un azul intenso de emoción.
¿Se sentirán aún las risas,
el fluir de la belleza entre sus manos,
el perfume de la buenaventura
acariciándolo en las noches?

Soplaron otros vientos,
los yerros mutaron en lingotes;
Chenonceau giraba en una calesa de favores;
una inspiración sostenida
se vertía desde el hueco de los búcaros
–ebrios de frutas y fermentos–
cuando el rey acarició el cuello desnudo
exaltado por las piedras que lucían los pendientes.
Algo asomaba en esa intensidad magnética,
y ella, tan singular, estuvo presta a conseguirlo
con sus mohines y trucos,

esos signos favorables
que anunciaban cuán grato sería el éxito.

Un reverbero verde-agua

Mujer en plenitud,
conocía ese transcribir en signos delicados;
el lenguaje alusivo donde lo enigmático florece
traspasándonos como un divino designio.
Y para que Chenonceau meciera sus claros muros
en un perezoso reverbero verde-agua,
Diana de Poitiers mandó construir un puente
de cinco arcos sobre el canal de la rivera.
Así se comprende en Chenonceau
el papel que cumple el río,
testigo de ese delicado dominio
con la imagen gemela que se escurre
y a la vez permanece en el agua.

Más allá, el Loira transcurre
entre manchones de islas arenosas,
sólo navegable con barcas de escaso calado.

ANGERS

Bajo sones guerreros

Negras y austeras,
dominan el curso del río
las diecisiete torres aguerridas
del Castillo que en el siglo XIII
mandó construir el rey San Luis.
No bastaron 25.000 metros cuadrados de paredes
para que el mundo medieval
fuese allí un refugio,
ni aun los mitos, la furia o la apetencia
ensamblados en el alma bajo sones guerreros.
Sólo una gracia sublime
puede desvanecer el mal rapaz,
porque el culto es la verdad…
Así iba desplegando el rey
la figura principal de su argumento
como si acariciase la joya
del más perfecto facetado.
Y la verdad debía ofrecer
ese arduo mundo perdurable
que el imaginario religioso
se esmeraba en construir.

Acorde al pandemonio
que alentaba la mirada de su época,
el rey confió a Hennequin de Brujas
pintar los cartones

que un artesano parisino bordaría
(como quien atrapa un impalpable alimento)
para hacer vívido en ademán grandioso
el “Tapiz del Apocalipsis”.

Un lenguaje furtivo

Felinos de cuya cerviz brotan múltiples cabezas,
corceles con alas de vampiro,
tortuosas ciudadelas, detenidas
en el hipnótico espejo de un hostil futuro;
guardianes del Cielo, réprobos, tormentos
representaban al son de amenazantes trompetas
el texto del apóstol Juan.
¿Delirio de unos pocos, búsqueda sensata?
Tal vez la glosa a un lenguaje furtivo
cantando el enigma del espíritu.
Más de cien metros de tapices
agotarían en Angers el convite de este imaginario.
Y si vimos allí un drama de augusta belleza,
tan sólo desciframos, sin aliento,
el martirio de un ámbito privado de indulgencia;
un dominio hierático, insondable
como perdido en el fondo de un océano.

La trompeta aterradora

Aunque su arquitectura es tosca
he contemplado a Angers con admiración.
Aprendí con fastidio
cómo la historia sopló desconsuelo
modelando el destino de esta fortaleza.
Las casas nobiliarias
tallaron la cima del odio religioso
y Enrique III ordenó que Angers
fuese inexorable ruina
si el oscilar de la contienda
amparaba a la facción protestante.
La Guerra que marcaba el siglo XX
fluyendo en todos los cursos de la brújula
como un mal sin posible exorcismo,
puso a prueba el escollo de sus torres
con uno de tantos bombardeos.
Pero Angers desoyó la trompeta aterradora,
la profecía de tiempos en cierne
bajo el signo de una boca de lobo.
Su estampa sella aún
el dominio nativo del río,
próxima a un rodeo del cauce perezoso.

EL OTRO

UMBRAL DE LOS SENTIDOS

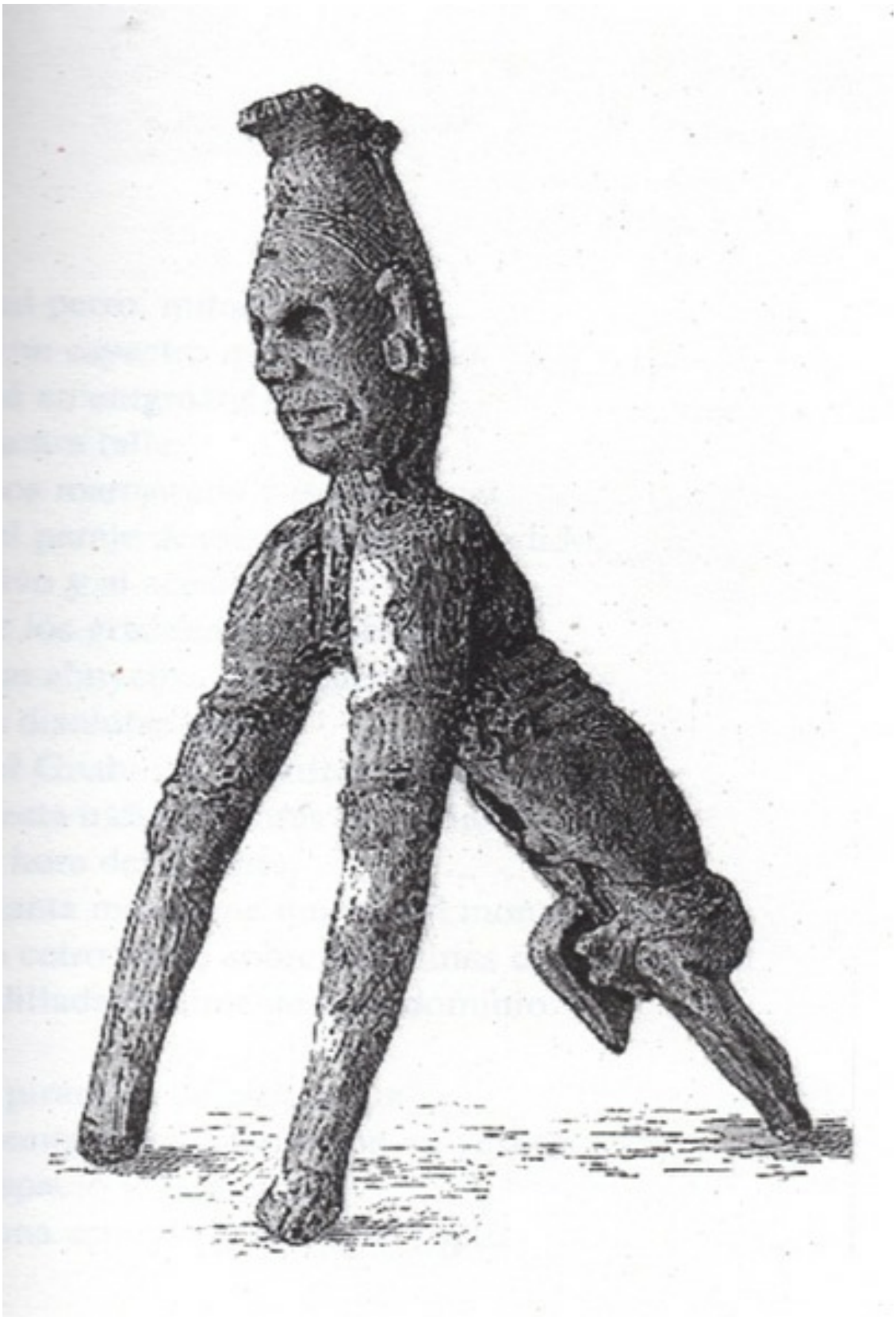
LA CASA

Una vez floreció un suceso
que dotado de signos favorables
pudo volverse legendario.
Dirigido por la lente de los sueños,
el arte de la imaginación habló a la sensibilidad
enviando al mundo
la embajada de su singular hallazgo.
Salvaje y animosa,
una casa crecía en el cerro.
Pardos y verdes, sus muros repetían la fronda.
Casa y cerro, en vecindad
de fraternales grutas y barrancas.
Casa y cerro, como si entre ellos
no pudiesen existir secretos relevantes.
Un murmullo de arroyuelos la rozaba
con la magia de una voz reveladora;
y con los sonidos reunía al azar
ese entramado coral
que emergiendo del trance de las sombras
hace fructificar la mañana.
Después de tanto discurrir
la casa era una fe irresistible,
rumor de todas las noticias
que volvían de mundos degradados
para la apuesta de un renacimiento.

Por estribaciones, cotas y quebradas,
aun sin luna y sin estrellas,
de norte a sur, busqué la casa.

Pero una sensación de distancia y profundidad
la suspendía respecto del mundo en primer plano.
En el ocaso, era un sobrio claroscuro,
como si fuese el tema principal
acercado en un esquema
del modo más fidedigno.

Opiel Guabiron: Mitología del Caribe



OPIEL GUABIRON*

Mitad perro, mitad hombre,
casi un espectro que lo sagrado
cuajó con enigmática vida,
la oscura talla parece marcar con paso desigual
aquel paraje desde siempre concedido.
Furtivo y al acecho,
el de los grandes ojos huecos,
el que ahuyenta de la puerta de Coabey
a las disolutas almas:
Opiel Guabiron, guardián del inframundo,
aún está indignado tras centurias de vigilia.
A la hora del destino
se planta más firme que aquel monarca asirio
cuyo cetro brilló sobre las ruinas de una ciudad
arrodillada finalmente a su dominio.

Una pirámide de huraña luz
lo apunta en el abismo con el vértice.
Su espacio y su presente
son una espiral de polvo;
el soplo arrancó del mítico árbol
hojas de oro, y con sus restos
–ya cautivo de mortalidad–
cubrió la desnudez del hombre.

Los relámpagos del Caribe
dicen por él arcanos sortilegios,
cuando su poder de juez busca respuesta
y el alma se desliza en un desesperado vuelo.

Cúpulas y sombras,
la gloria del ilustre mundo
se inclinan ante el musgoso umbral
por donde todo ha desaparecido.
La noche llega como picada de víbora
junto a estertores de una angustia victoriosa,
y la ira de este juez hace estallar el silencio
con el aviso de su baladro extravagante.

* Mitología del Caribe.

LA NOCHE EN FUGA

El último reducto

Pasada la rampa procesional
que va del templo a la pirámide,
un signo arcano aparece,
como si de pronto, ceñido
en su espacio de dos metros,
el huésped quedara ciego,
perdido en el páramo de sus ojos.
Pétrea vida y muerte
convertidas en lo mismo...
Una simbología teatral
mezcla árida impotencia
con el esplendor que ha enjaezado
el último reducto.
Ya cesan los ecos rituales,
se apagan las invocaciones
como empujadas desde el brocal
hacia un profundo pozo.

Se diría que manos amantes
conquistaron para él una certeza,
acaso piedras blancas para guiarlo en el tránsito
a través de senderos calados por la luna.
Sin embargo, el último rumor de la liturgia
se funde con la sombra,
y la sombra permanece
en la súplica sin pausa a un dios terrible.

Una milenaria preceptiva

La ceremonia empezó
con el combate de la antorcha,
el chasquido del fuego que llenaba los pasajes.
Disminuía el fulgor
y en las primeras horas
la llama fue sucedánea
de la devoción familiar.
En segura eternidad,
el nombre del príncipe está inscripto
y su apariencia es enfática
en la talla de piedra caliza.
Ahora que nada es estable ¿volverá
de la herida de la muerte?
Allí están las escenas,
su crónica y hazañas pintadas en el muro.
Las *Ocas de Meidum* no han volado.
Sin embargo, más allá del sueño,
el silencioso estanque las lleva
a soledades cada vez más hondas.
El tiempo seguirá cavando como un topo
para alejar la fantasía de la noche en fuga.
Sólo esclavos y criados lo asisten
desde los relieves de la sepultura.
Pecho, cabeza, extremidades
en ese obstinado plano bajo la luz uniforme
deudora de una milenaria preceptiva.
Pero, "reducidos" en escorzo,
los brazos de estos servidores
¿podrían alcanzar al difunto

ofrendas, títulos, dones,
ahora que, tan remoto, los pide,
mientras proyecta en un escolio
la transposición del estrago?

EN LA TORMENTA

Dicen los sagrados textos
que el sobrehumano guardián de una barca
controló todo en un punto de equilibrio
sostenido en su certeza durante una tormenta,
mientras la tromba exhibía el andamiaje
para otorgar al entredicho
la manera absoluta de una maravilla mística.

UNAS MONEDAS DE ORIENTE

Oscuro,
hasta donde no llega la luz de la luna,
es el recinto de la vida.

* *

Los pájaros proyectan
sombras monstruosas.
Desde el antiguo jardín
sube el clamor de las llamas
asfixiadas por las amenazantes
formas que va imaginando el humo.

* *

Del paso
de las hordas más impías
surgieron como en una tierna indagación
flores violetas.

* *

Oscuridad jubilosa
que acaricia esta pesada somnolencia,
donde el gato hace sonar el cascabel
y agita concéntricas sombras,
como ecos de pasos nerviosos

de cuanto conocimos siendo niños
y luego se iría a las tinieblas.

CAUTIVOS

"La Palabra Sagrada
vagaba entre los árboles antiguos"

William Blake

Llegó de nuevo sin traer nada el día.
Los corazones dieron una sórdida respuesta
al ruego de la luz.
Cada uno inmerso en íntima zozobra
buscó para saciarse una parte mayor.
Entonces alguien se ufanaba, diciendo:
–Aun tras el crimen divino
con resistencia y repulsa,
verán en este mundo
nuestra aptitud de dominación.
Pero era una entidad furtiva
deslizándose por las ruinas
de un teatro sin consuelo.
Y allí, donde todo estuvo seguro,
entre los árboles antiguos
pendían ramas como navajas
sobre una misteriosa agua negra.

EL GUARDIÁN ÚLTIMO

Hay en mí un bosquejo del invierno.
Alguna palabra que no está en el glosario
comienza a mostrarme
la porción que se ha agotado del futuro.
Si de pronto, convertido en taumaturgo,
recitara el sortilegio
(mientras despiertan las páginas del libro
bajo el crepitar seco de una tea),
diría con ingenuidad:
quiero huir por un andén
con salida a otro compás del mundo.
Ser fugitivo en un mítico expreso
con ticket de ida y el del eterno retorno.
Pero algo observa en la penumbra;
un cónclave de ojos examina mis pisadas
antes que el viento disuelva las huellas en la arena.

Siempre el torbellino, el espacio
barrido por el residuo arenoso;
el soplo y su ágil roce
alentando un equívoco,
como si de tanto repetir
ignorase cuál es la razón dramática,
la trampa que desde la oscuridad
expulsará en *otra vuelta de tuerca*
a los principales actores.

* *

Antorchas, viento, polvo, andenes…
Me hubiera llevado esta página solitaria
para confinar en ella
la magia del guardián último
que permanece junto a la soga de la horca,
aunque no exista crimen, cárcel,
ni el sucio jarro de merienda.
Sin embargo la perentoria estación
jadea en acecho tras su presa.
Hay un presagio, el cielo se reordena
mientras Chronos juega
–sopesando vida y muerte–
con las celestes esferas.

RELICARIO DE SOMBRAS

Los objetos en los cajones
del armario que yace al fondo del altillo
(antiguas fotos, misivas, cuadernos
con mis primeros garabatos)
están sujetos a un timón, un lenguaje,
cuyos términos resisten las preguntas
que van desde la nostalgia
hasta la energía astral
que flota sobre las adivinas.

Desde hace tiempo conjeturo
cuán sensato sería liberar
la placidez de mis sentidos;
dejarme barrer por el rumor de las olas,
mientras contemplo de reojo
el desfile de estos fantasmas
sacudiéndose el polvo
cuando se abren los cajones
para traerme noticias de su tumba.

Es como si el hada de los cuentos
hubiese apuntado el índice
sobre un territorio vedado
por el halo de una cartografía secreta,
para poner allí cerco al laberinto
donde reposan estos objetos.
Y al musitar con trémula voz
“aunque quizá, ni tan siquiera existan”,
fuese obturando la letal fisura,

el paso estratégico, la ventanilla
por donde cobra su cuota
el tenaz ímpetu del mundo.

LO QUE FUERA ASIGNADO A LA COMARCA

WONDERLAND
(2008)

El nuevo señor feudal

Me tomé de los bordes, resbalaba,
iba cayendo de mi sueño.
Un sudor frío puso una cuña
para abrir grietas en el conducto
por donde subía el aliento.
Sin oxígeno, la conciencia
preguntó si aquello era locura
o una vuelta en el molinete
de los nuevos sucesos.
Con un lloriqueo detrás de la pared,
alguien susurraba: "…ha concluido la historia,
quiso engullirla la post modernidad
y volvió a crecer desde el nido de Grecia
para desdecir la pobre metáfora
del nuevo señor feudal
y su castillo para siempre…"
La exigua luz de 20 watts
había enredado el vaivén de mis pensamientos
en un vacío que diluía todo espesor
a la entidad de una cáscara.
Temblando, como un prófugo,
llegué a la alusión de: "pobre metáfora…"
En el papel definitivo que me asignan –pensé–
soy un adiós que se pierde
a través de círculos concéntricos;

un epígrafe que anuncia
todo el hueco llamado “prehistoria”;
un absurdo catalejo
apuntando a 2 cms. contra un muro
(lo demás era pura redundancia).

Los vientos de moda

Junto a mi volaron moscas.
El oro había cambiado en hierro,
el ónice en greda.
Descubrí que el desorden
traspasaba los hambrientos límites del barrio.
En la plaza del mercado, las cariátides
con ceñuda mirada, soportaban
a la belleza encogida de pánico y de frío.
El pulso de los vientos de moda
se consumía en un alambique
que ya no entregaba alcoholes al mundo.
Sin densidad ni soltura,
las palabras del poeta se iban disgregando
como ecos de un gemido en la selva.
El héroe emblemático
que llenó mis primeros sueños literarios
acudió a su escrupulosa ventana
para asomar y hacer un fulminante mutis,
como si ante tanta vileza
sólo pudiese mover a chanza su decoro.
Quizá se haya vuelto extremo
este vacilar de las cosas –dije–
pero no se ha dictado ninguna pena de muerte
y no me alcanzará la fruslería,
la estólida mueca que a luz o sombra
hace apenas de este mundo
las veces de un girasol sonámbulo.

La fanfarria

Sonaban trompetas
(se supone que esto es un sueño
con escenografía arcaica)
y la fanfarria llamó a festejar,
aunque los vítores halagaran
con nebulosas máximas.
A izquierda o derecha,
la consigna en el sueño era el santo y seña,
para que todo girase dócilmente en torno suyo.
La urgencia, la excusa,
apuraban al fin los secretos
de una caja de caudales
que hacia abajo adelgaza
hasta verterse en limosna.
El planeado desvío
-al que sólo cabía aludir en voz baja-
fue adulterando evidencias, principios,
y todo cuanto puede olfatearse
en el famoso desfile
de la tabla periódica de los elementos.

Final

Conmovido el equilibro de mi cuerpo,
burlada por la creciente parálisis
la armoniosa tarea que ejecutan
tronco, cadera y masas musculares,
a mi alrededor se habían acumulado
malezas como las que empuja el abandono
tapizando baldíos y albañales.
El puma merodea con cautela
hasta que encuentra al chivo
atorado en una zanja.
Y valía el adagio del rastrero puma
porque obstinadas consignas
flotaban en el aire hostil
aproximándose como una epidemia.

NOTICIA DE LA ABADÍA

Hoy me rodeó el ocio feraz de la mañana.
Desde la abadía llegaba noticia
de la salud del latín,
el núcleo de su dulce identidad
vuelto movimiento y canto.
Imaginé el latido, el resuello de los monjes,
la invocación dirigida con certeza,
como la del que aborda un yacimiento
sabiendo que tras cada roca
ha de revelarse una veta.
Sus voces ondulantes
se desprendían del aire
–aún cautivo de la molicie del invierno–
y azuzaban vivencias extrañas,
especies exóticas en el bosque de mi imaginación.

Mientras iba a paso firme
y de orilla a orilla allanaba
una empedrada calle del barrio de Belgrano,
pensé en el reproche de los monjes,
su llamado sin prórroga al espíritu,
el énfasis para conferir magnitud al acicate.

¡Qué arduo trabajo! -pensarían aun los más cautos-,
dar rienda suelta al latín para redimirnos
en esta comarca donde siempre
llenamos nuestro capricho
de generosidades antropófagas.

PROCESIÓN GLAMOROSA

Emigran las líneas de la tarde.
El día rediseña sus contornos
en el hormigueo del centro comercial.
Un último verde cincela
contra la bóveda del cielo
la mancha que forman menguados pinares.
Algo llama sin pausa.
Hay una procesión glamorosa.
Abanicos de catálogos
impresos en efusivos colores
pregonan la justificación de pecados venideros.
Un sueño lustra su bronce en Cariló
anunciando con encomio
los nuevos emprendimientos.

Lo admito,
alguna vez agonicé de ignorancia.
¿Qué compromiso tendrían ellos
–hacendosos ciudadanos de este siglo–
y qué oscuro motivo, la alianza
de Botticelli con la diosa Flora
y su aprobación de los benéficos
influjos de la naturaleza?
Inclinado unos segundos
en el fervor de sus proyectos
(como ante un templo de Júpiter
o por la salud del César)
deseé escribir una historia casi humana
sobre parcelas, shoppings, condominios, arrendamientos.

Quise atravesar la umbría línea del bosque
con innumerable maquinaria
de picos, sierras, hachas y escaleras.
Pero el boceto del Parnaso
enfermó a la floresta,
colmó de intemperie al poblado.
Y bajo un doble fantasmal de aquel paraje,
cercado de enemigos,
herido y sin municiones,
detestado por misántropo,
éramos un cielo gris y yo,
palideciendo de fatiga
como estupefactos ante un teatro desierto.

DATOS DEL AUTOR

email: en_el_llano@hotmail.com

Carlos Busignani: nieto de inmigrantes de la República de San Marino, nació en Buenos Aires. Allí cursó sus estudios primarios y secundarios para luego ingresar en la Pontificia Universidad Católica, donde obtuvo el título de abogado. Desde 1985, cuando apareció “Cantos de Ceniza” (editorial Botella al Mar, Buenos Aires, dirigida por Arturo Cuadrado) ha publicado ocho libros de poemas. En 1990 apareció “Las cosas no resisten” (Ediciones del Dock, Buenos Aires, dirigida por Carlos Pereiro) con prólogo de Joaquín Giannuzzi, y en 1994 “Pulso clandestino” (Ediciones del Dock, Buenos Aires); éste último obtuvo Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores de Buenos Aires. En 1999 publicó “En el cristal del llano” (Ediciones del Dock, Buenos Aires) y en 2003 “Cada puerta numerada” (Ediciones del Dock, Buenos Aires). En 2004 ediciones del Dock y revista La Guacha editaron “Poesía reunida” que compila sus cinco primeros libros. En 2007 publicó “Manifiesto de embarque” y en 2010 “Teatro desierto” (ambos de Ediciones del Dock, Buenos Aires). En 2013 apareció “Ronda en altas horas” (Ediciones del Dock, Buenos Aires) que reúne los poemas de todos los libros ya mencionados, aunque con versiones corregidas, y un libro inédito denominado “El ojo extranjero”. En 2014 “Teatro desierto” fue publicado en París, Francia, por Abra Pampa Ediciones, en edición bilingüe (traducción al francés de Pablo Urquiza). Sus poesías han aparecido en diversas revistas literarias y en antologías, destacándose especialmente la que fue publicada en 2010 por Alfaguara con motivo del Bicentenario.

Epub Validado: http://validator.idpf.org/

EPUB Validator (beta)
Results
Detected version: EPUB 2.0

Results: Congratulations! No problems were found in busignani_teatro_desierto.epub.

ibuk
Biblioteca de Poesia